

# JOT DOWN

[www.jotdown.es](http://www.jotdown.es)

contemporary culture mag  
junio 2015 - número 11 • 15€



## Sumario de contenidos Jot Down #11 Especial ¿Quién dijo miedo?



288 páginas · 5 entrevistas · 15 €

Cumplimos cuatro años y lo celebramos acompañados por Arturo Pérez-Reverte, Joaquín Sabina, Laura Freixas, Javier Marías, Santiago Auserón, Andrés Trapiello, Montserrat Domínguez, Gabriel Albiac, Sergi Pàmies, Ignacio Vidal-Folch, Enric González, Carlos E. Cué, Félix de Azúa, Pablo Simón, Javier Calvo, Íñigo Domínguez, Risto Mejide, Juan Tallón, Kiko Amat y Nacho Escolar, entre otros. También con dos grandes reportajes y entrevistas a Letizia Battaglia, Fernando Torres, James Ellroy, Marc Marginedas y Cayetana Guillén Cuervo.

Ya disponible en la [Jot Down Store](#) y a partir del 1 junio en la [red de librerías Jot Down](#). Los pedidos encargados en nuestra web durante el tiempo de preventa, hasta el 31 de mayo, incluyen gratis el bloc de notas «Jaws».

Consulta [nuestro sumario de contenidos en vídeo](#).

### Nec spe nec metu

— por Gabriel Albiac —

El miedo y la esperanza manufacturan subjetividad sierva. Al servicio de la brutalidad codificada. Y «un príncipe que quiera mantenerse, deberá estar dispuesto a poder ser no bueno y a usar o no usar de ello conforme a la necesidad». La necesidad es la única lógica del político. No hasta con actuar al margen de cualquier criterio de verdad o moral. Es imprescindible construir la pantalla que haga esas violaciones invisibles. Construir a la medida la mirada del subditado: construir al subditado.



### La hora gris

— por Arturo Pérez-Reverte —

Habéis fumado su tabaco —y más a menudo, ellos el vuestro— y compartido su comida. Ahora es la última vez, porque tenéis que largaros de allí. Os habéis despedido de todos, los que siguen vivos, porque ya no podréis volver. Lo saben y lo sabéis. Los tanques serbios presionan cada vez más; su infantería está a pocas calles del centro de la ciudad y las bombas siguen machacándolo todo.



### Viviendo con los etarras

— por Íñigo Domínguez —

Recuerdo de pequeño un miedo de otra época, el pánico nuclear. Vivi en Caracas en los noventa y era considerada una de las ciudades más peligrosas del mundo. También las he pasado putas en la montaña, porque hacía alpinismo. Y estuve una vez en un curso de exorcistas. Pero donde más miedo he pasado ha sido en Bilbao, cuando vivía allí. Tenía miedo de que me mataran.



### Cosas no de este mundo

Un apunte sobre el miedo en la literatura

— por Javier Calvo —

Aquí va una paradoja: la consagración de la literatura de terror consiguió que los cuentos de terror no dieran miedo. Lo contrario que el folclore y la religión que se encuentran en su base. Muchas de aquellas historias atávicas usaban el miedo para inculcar preceptos o prohibiciones. Para generar ansiedades morales. Y eran terroríficas de verdad.

Entrevista

### Fernando Torres

— por Nacho Carretero —

Recuerdas los treintañeros de Caraballeda — un pueblecito en la Costa da Morte — a un niño madrileño con pegas que gustaba agosto jugando al fútbol. Solo participar en los torneos de fútbol sale que se celebraban y competía con chavales tres y cuatro años mayores. «El cabrón —dice un vecino— no hacía nada, ninguna filigrana especial. Pasaba desapercibido, pero acababa el partido y el niño aquel había metido ocho goles».



### La luz roja

— por Montserrat Domínguez —

Al encenderse la luz roja, se apagaron los murmullos. El silencio en el estudio era total. Pensó en las redes y sintió una punzada en el vientre. Es unos minutos, sería el cachondeo nacional: #notienesvidea, #quevergüenza #ubilateya #eresunfraude. Yo sus torpezas y sus tartamudeos dando tumbos por los programas de capping, viralizándose en internet, carne de memes y montajes, a cada cual más ingenioso, más divertido, más cruel.



### Premonición e ironía

— por Javier Marías —

De niño, lo que más miedo me daba eran algunas películas, lo visto suele impresionar más que lo leído. Pocas, la verdad, ya que uno aprendía pronto a diferenciar entre la realidad y la ficción, entre lo que era juego y lo que iba de veras. Por ese mismo el temor nos asaltaba más cuando veíamos algo que en efecto había sucedido en la vida, en algún tiempo, que no era inventado o imaginado por un director y unos guionistas. Y, no sé cómo, siempre sabíamos lo que era «histórico».

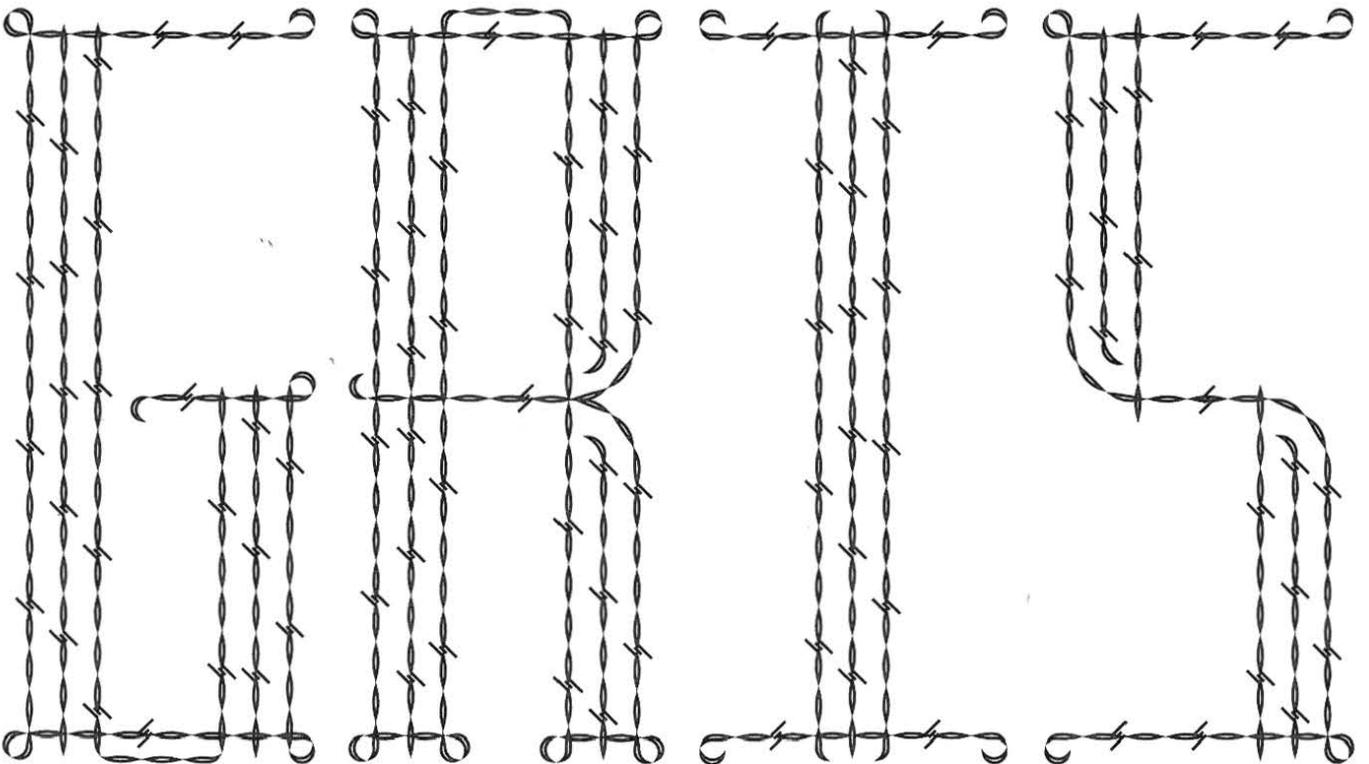
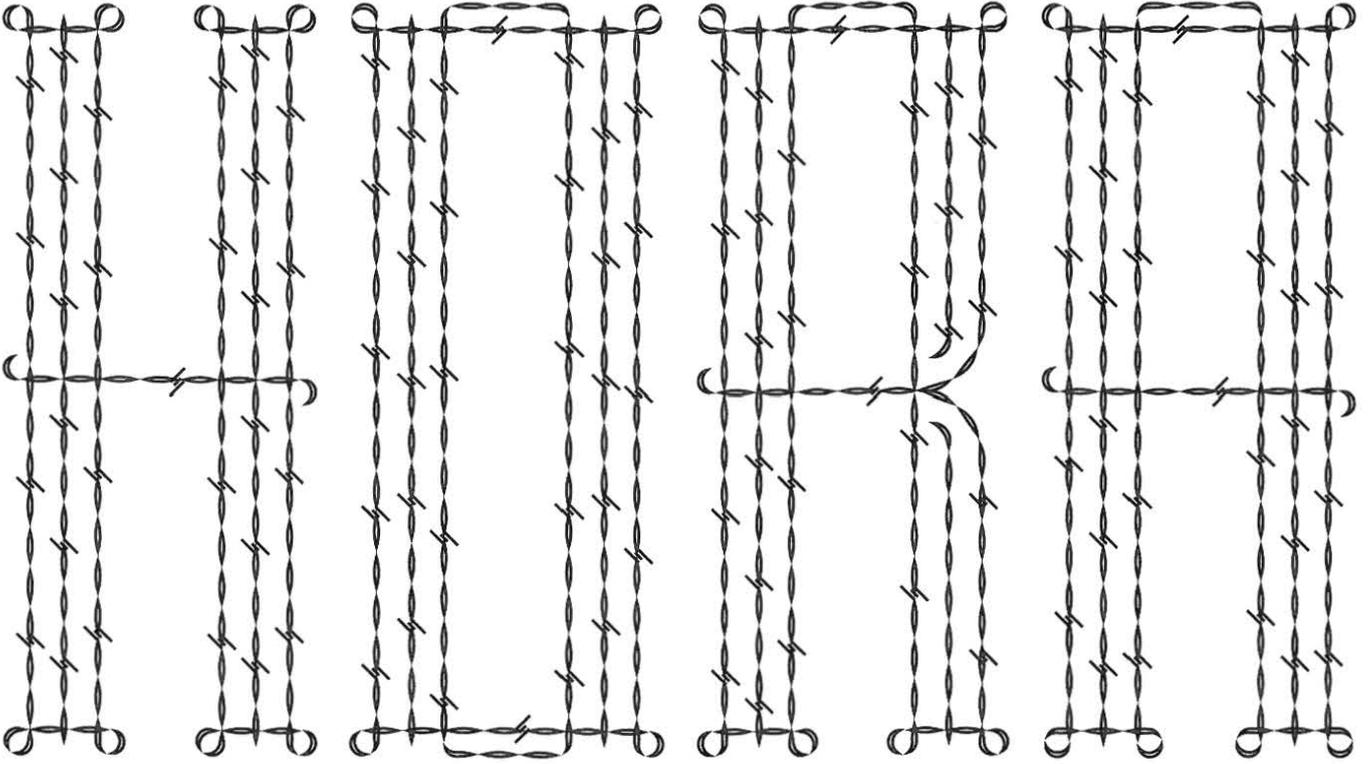
### El silencio del asesino

— por Félix de Azúa —

Una vez cometido el crimen, Abraham habría bajado de la calma guardando el mismo silencio que guardó mientras subía con Isaac. Este silencio, el silencio de la obediencia absoluta, es lo que atormentaba a Kierkegaard. Cuando sabes que cometerás un acto terrible y no te puedes sentir culpable cuando lo has hecho, el silencio es tu único refugio.

## S U M A R I O

- 008 · Muerto de miedo (Joaquín Sabina)
- 010 · ¿Eres judío? (Nacho Carretero)
- 018 · «Voy a fallar» (Juan Tallón)
- 022 · Bu (Risto Mejide)
- 024 · Bernard Herrmann: Banda sonora para provocar escalofríos (Carlos Zúmer)
- 028 · Érase dos veces Juan sin Miedo (Bárbara Ayuso)
- 032 · Posdata: Te temo (Diego Cuevas)
- 038 · Miedos en extinción (Kiko Amat)
- 044 · (Cómo combatir el) Pánico a una muerte ridícula (Josep Lapidario)
- 050 · Entrevista a Letizia Battaglia (Íñigo Domínguez)**
- 072 · La luz roja (Montserrat Domínguez)
- 074 · El mercado del miedo (Santiago Auserón)
- 078 · Así eres tú, así es el ritmo (Holden Caulfield)
- 082 · Miedo, represión y política (Octavio Medina)
- 086 · La hora gris (Arturo Pérez-Reverte)**
- 090 · El silencio del asesino (Félix de Azúa)
- 094 · Breve biografía de un cobarde (y tal) (Sergi Pàmies)
- 098 · Diez obras de arte inspiradas por Satán (Cristian Campos)
- 108 · *Et moriemur* (Juan Claudio de Ramón)
- 112 · En Corleone (Íñigo Domínguez)
- 132 · Entrevista a Fernando Torres (Nacho Carretero)**
- 146 · La máquina de muerte de la calle 63 (Pedro Torrijos)





PAÑUELOS BLANCOS: *KLEENEX*, COMO SUELEN LLAMARLOS. PAÑUELOS DE CELULOSA BLANCA QUE poco a poco se van perfilando en la luz sucia y gris de un amanecer. Eso es el miedo, o tal vez lo que mejor lo simboliza cuando miras atrás. Miedo y memoria. El lugar fue, o es, Vukovar, una ciudad de Croacia a orillas del Danubio. La fecha, uno de los primeros días de octubre de 1991. Son malos días. Muy malos, sobre todo para los que están dentro. Una ciudad cercada, bombardeada. Sin esperanza. Pocos días más tarde, las tropas serbias llegarán al centro de la ciudad y todos los combatientes croatas prisioneros, incluidos los que están heridos en el hospital, serán ejecutados y apilados en fosas comunes. Con varios de ellos, esos jóvenes que ya están muertos o morirán antes de una semana, habéis compartido muchas peripecias, tú, el cámara José Luis Márquez y vuestra intérprete croata, Jadranka. Los habéis grabado hablando, descansando, combatiendo. Son Grüber, Ivo, Sexymbol, Nilo, el pequeño Rado... Casi amigos vuestros, a esas alturas. O sin casi. Desde hace un mes y medio los habéis sacado en el telediario, yendo y viniendo desde Osijek para reunirlos con ellos. Habéis fumado su tabaco —y más a menudo, ellos el vuestro— y compartido su comida. Ahora es la última vez, porque tenéis que largaros de allí. Os habéis despedido de todos, los que siguen vivos, porque ya no podréis volver. Lo saben y lo sabéis. Los tanques serbios presionan cada vez más, su infantería está a pocas calles del centro de la ciudad y las bombas siguen machacándolo todo. Aún queda un camino por los maizales que puede recorrerse: una vía hacia la salvación por la que se evacúa a los heridos, cuando se puede, y por la que vais a escapar vosotros antes de que se cierre la trampa en torno a Vukovar. Será al amanecer, con la primera luz, aprovechando el último contraataque croata para mantener el camino abierto unas horas más y sacar a los últimos heridos que se pueda.

La noche ha sido larga y fría. Húmeda, a causa del río próximo. No hay otra luz que el resplandor de las explosiones de artillería y fognazos de disparos lejanos. Alguna bengala, de vez en cuando. *Fluoss*, hace allá arriba, y cae despacio, iluminándolo todo con un resplandor crudo y letal. Márquez, Jadranka y tú habéis pasado la noche acurrucados tras el parapeto de una trinchera, pegados unos a otros para daros calor, junto a cuerpos inmóviles que dormitaban o velaban con la cara pegada a la culata de un Kalashnikov. A Jadranka —Petrinja, Gorne Radici, Borovo Naselje, Vukovar, trágica geografía en vuestro cuentakilómetros— le ha encanecido el cabello en solo dos meses. Toda la noche tiembla pegada contra vosotros. De frío y cansancio. Es una de las mujeres más valientes que conoces, pero está al límite y ha visto demasiado. Márquez, como de costumbre, permanece silencioso e impassible, con su cámara entre las piernas, agachándose un poco más cada quince o veinte minutos para fumar, tapando la brasa en el hueco de la mano, cigarrillo tras cigarrillo. Como Jadranka, como tú, no pega ojo. La guerra es su estado natural, su lugar de trabajo desde hace treinta años, y por eso sabe lo que os espera mañana, cuando amanezca. También tú lo sabes de sobra: estos días habéis visto demasiados cadáveres degollados en los maizales. Piensas en distancias, fatigas, kilómetros. En la altura de la vegetación que, según los lugares, puede cubrirte o no. En suelos donde la hierba está aplastada, señal de que puedes hollarla sin riesgo de pisar una mina —Sexymbol, el croata, pisó una ayer por la mañana—, o suelos donde la hierba crece derecha, intacta, y en los que, por tanto, no debes poner un pie por nada del mundo. Piensas en si cuando empecéis a moveros habrá luz suficiente para ver la hierba. Y también en que, si tú puedes ver, otros pueden verte a ti. Piensas en la geometría de guerras que conociste antes de esta: lados buenos y lados malos de las calles, las casas, las carreteras y los campos; parábolas artilleras y líneas rectas, tiro tenso o curvo, *ziaaang* que pasa ya no es problema, tiempo de que dispones desde que escuchas el sonido de salida de un mortero hasta que llega el impacto. Cosas útiles de esa clase, que por lo general ayudan a conservar la cabeza en su sitio cuando más necesitas que esté ahí. Piensas en lo cansado y lo sucio que estás, y en que te quedan solo cuatro aspirinas y dos cigarrillos. Piensas en la oscuridad que





El sitio de Yúkovar, 1991. Fotografía: Antoine Gyori / Corbis.

te rodea, en el sabor de la infame lata de sardinas y los sorbos de agua sucia que te echaste al estómago hace unas horas. Piensas en el camino estrecho por los maizales, piensas en lo que os espera cuando amanezca, y sientes náuseas. Así que, apartándote de Jadranka, te alejas unos metros agachado, fuera de la trinchera, te pones de rodillas y vomitas intentando no hacer ruido. El vómito te quema la garganta y las fosas nasales. A tientas buscas en los bolsillos del chaleco —bolígrafos, bloc, Betadine, sulfamidas, vendas, condones, documentos, la radio Sony, el paquete de tabaco casi vacío— el último paquete de *kleenex* y te limpias la boca. Tiras los pañuelos sucios en la oscuridad y quedan colgados de unos arbustos, ante ti. Vas a regresar cuando una arcada te acomete de nuevo. Vomitas otra vez. Las putas sardinas, claro. Y los maizales. Sobre todo, los maizales. Te limpias con los últimos pañuelos, los tiras entre los arbustos y regresas a la trinchera.

Cuando te acomodas, bebes un sorbo de agua salobre de la cantimplora a fin de quitarte el gusto ácido de la garganta y miras por encima del parapeto, puedes ver las manchas claras de los pañuelos en la oscuridad. A veces los serbios tiran otra bengala, y la luz violenta recorta los arbustos con las señales blancas colgadas. Luego empieza la hora gris, la que lleva del alba al amanecer, y una claridad plomiza empieza a diluir las sombras, resaltando cada vez más la blancura de los pañuelos en los arbustos. No puedes apartar los ojos de ellos. De lo que significan. Al cabo de un rato, una forma oscura se destaca en la oscuridad y pasa por vuestro lado, una mano recia se posa en tu hombro. Hueles un uniforme sucio, a sudor, y te roza por un momento el cañón de un arma. Una voz áspera habla en croata y Jadranka traduce: «Nos vamos». Márquez se incorpora con su cámara abrazada y tú te pones en pie, colgándote la mochila a la espalda. Alrededor de vosotros sueñan cerrojos de armas amartillándose, *clac, clac*, y siluetas confusas empiezan a salir de la trinchera. Una voz, quizá de un herido al que llevan en camilla, se queja con fuertes gemidos hasta que alguien, no sabes cómo, logra que se calle. Una claridad sucia y gris reptaba entre los escombros de las casas cercanas, demolidas a bombazos, que empiezan a perfilarse en el amanecer incierto. «Buena suerte», susurra Jadranka. Márquez responde con un gruñido; y tú, antes de concentrarte en el alivio de la rutina profesional, en la compleja geometría de lo que va a ocurrir en las próximas cinco horas —raras veces, en este oficio, el miedo va asociado a la palabra *durante*—, diriges una última mirada a las manchas blancas de los pañuelos colgados en los arbustos, respiras hondo y caminas hacia los maizales. ■



"El sitio de Yukovar, 1991" Fotografía: Antonie Gyori / Corbis